

naturaleza, lo mismo que el trabajo, es la fuente de todos los valores de uso. ⁽¹⁾

5. El modo de producción capitalista es una ley económica natural.—Precisamente es verdadero lo contrario de lo que el socialismo ha enseñado hasta ahora, al pretender que la cuestión de la influencia del capital en la formación del valor, es simplemente una cuestión jurídica, y no económica.

En cuanto á la cuestión jurídica, es decir, á quién pertenecen los medios de producción, tiene tan poco que ver con aquélla, como la relación económica del capital y el trabajo con la cuestión de saber de dónde proviene, en los medios de producción, la razón jurídica de la propiedad. Que el capital se encuentre en manos de propietarios privados, ó que pertenezca á una sociedad ó al Estado, esto pertenece al dominio del derecho. Inútil es entrar en más detalles sobre este punto, después de haber demostrado que la institución actualmente existente de la propiedad particular, no puede cambiarse sin violación de lo que ha sido establecido por el derecho natural.

Pero la producción económica permanece la misma, se conserve ó no el orden actual. Del mismo modo, en el Estado social futuro, la parte que el trabajo tendrá en la producción del valor no será mayor que ahora, ni menor la del capital. Porque son estas relaciones económicas fundadas en la naturaleza de la producción, y ésta, no puede ser cambiada por nadie. Quizás se oriente más,—y quizás se oriente menos—el reparto de los valores producidos en favor del trabajo. Esto podría hacerse, porque, como repetidas veces lo hemos dicho, es una cuestión jurídica. Pero para esto no es necesario el reinado del socialismo. Basta con que imperen de nuevo los principios del derecho cristiano y del derecho natural.

Que las personas que están siempre dispuestas á censurarnos se convenzan bien de que nuestra insistencia por un reparto más justo y equitativo de los valores produci-

(1) *Neue Zeit*, IX, 563. Blum, *Ibid*, 49.

dos nada tiene que ver con el socialismo. Precisamente los verdaderos socialistas no quieren oír hablar de reparto, sino que lo quieren todo para ellos. Á consecuencia de una confusión extraña de ideas poco claras, quieren arrebatarlo todo al capital, lo mismo la existencia jurídica, que la influencia económica sobre la formación del valor. En su ansiedad por poder formar un Estado social en que únicamente el trabajo absorba el resultado total de la producción, se encolerizan contra el modo de producción capitalista, como dicen ordinariamente, cólera en la cual ni siquiera saben lo que quieren ni lo que no quieren. Fuera de lo que constituye para ellos el terror de los terrores, la policía secreta, no conocen nada que les inspire tanto horror y disgusto como la expresión que acabamos de citar, lo cual ciertamente es una nueva prueba del poder aterrador que ejercen sobre ellos las frases mal comprendidas.

Ciertamente, tienen razón en quejarse de que el capital les ha hecho daño durante mucho tiempo; pero querer por esto condenar al mismo capital, ó abolirlo, es tan extraño como si un niño encolerizado rompiera el cuchillo con que se cortó. El capital es y será siempre necesario para la producción y para la actividad económica, cualesquiera que sean las manos en que se encuentre. Esta es la razón por la cual ningún cambio en la constitución de la sociedad, ninguna transformación de la propiedad común, modificarán la producción, ó procurarán al trabajo una situación independiente por completo. Que se perfeccione la producción con la introducción de nuevos medios auxiliares, que se extirpen los abusos de que el obrero es víctima, que se proceda á un reparto más equitativo de los beneficios de las empresas; esto es lo que también deseamos nosotros, pero lo que no cambia ni cambiará jamás es la necesidad del capital y las relaciones solidarias entre el capital y el trabajo.

Hablar contra el modo de producción capitalista como tal, sería perder el tiempo. Trátase aquí, en efecto, de una ley económica natural, que no puede hacerse desaparecer

del mundo con petróleo ó dinamita, y menos con frases.

Estas frases insensatas y exageradas revolucionan á los pobres obreros contra una institución, cuyo aniquilamiento los arrastraría á ellos mismos á la ruina, y los aleja de aquellos que estarían dispuestos á consagrarse á su justa causa. Pero ¿cómo un hombre sensato podría hacer causa común con ellos, si basan todos sus esfuerzos para mejorar su situación en ideas fantásticas y sin consistencia? ¿Cómo un amigo de la justicia podría sostenerlos, si quieren cometer contra él esta misma injusticia de que se lamentan tan amargamente cuando son víctimas de ella? Que dejen, pues, en paz la organización económica jurídica y social, y muy pronto tendrán todo el mundo á su favor. Hay más corazones compasivos que laten por su causa de lo que ellos mismos se figuran; pero es necesario que les ofrezcan la posibilidad de ayudarles. No será esto difícil, por lo menos en la medida en que puede hacerse en este valle de lágrimas. La primera condición consiste en que acepten los consejos, porque no hay duda de que se puede llegar á un reparto más justo de lo que ellos mismos producen, hecho que se ha realizado varias veces en estos últimos tiempos, y todavía se hará por modo más ventajoso para ellos, si no se apartan del derecho ni piden nada contra las leyes naturales.

6. La naturaleza de la producción capitalista es siempre la misma.—El mismo ruego y la misma advertencia se aplican, no sólo á los socialistas, sino también á aquellos contra los cuales dirigen sus principales ataques, contra sus protectores de palabra y contra sus amigos. Nadie negará ya actualmente que los partidarios de la escuela liberal son muy culpables por haber sido causa, con las falsas opiniones que han difundido por el mundo, de que el socialismo, el más crédulo de sus discípulos, haya puesto en la hora presente en tal peligro al mundo. Que nadie busque el verdadero motivo de su nacimiento en hechos aislados, ó en millares de hechos. Como secta, el socialismo no se explica con esas pruebas innumerables que

Marx y Schippel nos ofrecen de la miseria de la clase obrera, ni por la dureza de las clases acomodadas. El que únicamente lo considere como reacción contra un trato opresor, no comprende su verdadera significación. Por su naturaleza, es el socialismo una falsa doctrina que debe ser considerada, no como la antítesis de la filosofía liberal que le ha precedido, sino como su completo desenvolvimiento. Así como cada doctrina social particular proviene del liberalismo, así también ocurre con la concepción económica en que se apoya todo el sistema. Cree el socialismo que es posible transformar la relación entre el capital y el trabajo, de suerte tal, que el trabajo absorba toda la producción. Doctrina es esta que ha tomado del liberalismo, con la única diferencia de que éste aplica el principio en favor del capital. Pero ambos parten de la hipótesis errónea de que es posible transformar artificialmente la naturaleza de la producción económica, ó que la civilización humana puede por lo menos hacer tales progresos que emprenda por sí misma otra marcha.

Sobre esta funesta ilusión descansan todos estos motivos aparentes con que se atacan, hace ya mucho tiempo, las antiguas doctrinas del Cristianismo sobre el derecho y la naturaleza, sobre el capital, el interés, el dinero y la producción, y los nuevos dogmas han justificado todos los cambios realizados en nuestros medios de adquisición. Mientras que estas pruebas ilusorias hablaron en favor del capital, ó mejor, del dinero, fué completamente inútil elevar la voz contra ellas. Mientras que, en las cuestiones económicas, se nos oponía casi siempre el silencio allí donde invocábamos el derecho y la moral con relación á la oferta, á la demanda y á la concurrencia, en una palabra, á las leyes naturales, hacíase una excepción desde que osábamos sostener que la ley natural sobre la producción del valor no admitía cambio alguno, diciendo que era esto una verdadera irrisión para el progreso maravilloso de los tiempos modernos. En efecto, gracias á ellos, de tal modo ha cambiado la producción, que ahora somos capaces de

hacer chocolate con ladrillos y vino con anilina; y sobre todo—¡esto si que es admirable!—hemos convertido en el más productivo de todos los objetos al dinero, al cual los sombríos tiempos antiguos habían considerado como absolutamente improductivo. Así, pues, lo mejor que podíamos hacer era reducirnos al silencio, y no poner trabas, con viejas teorías, á la marcha victoriosa del capital; por otra parte, esto no hubiese servido más que para hacer su triunfo más glorioso.

Pues bien, este triunfo ha durado mucho tiempo, y los tesoros de toda la tierra han sido brutalmente encadenados á él. Pero he aquí que en el mismo momento en que toca á su fin, amenaza con degenerar en una derrota inaudita. En Roma, cuando el triunfador subía al Capitolio, eran conducidos los prisioneros á la prisión Mamertina; y cuando en la cima de la colina ofrecía el triunfador sobre el altar de Júpiter el sacrificio solemne, abajo corría la sangre de las víctimas encadenadas. Ahora, casi parece que el vencedor va á sufrir la suerte del vencido, y que el gran cortejo triunfal del dinero acabará en horrible sacrificio. En todo caso, ya ha transformado su victoria en una derrota moral general. No se quebrantan impunemente las leyes inmutables de Dios y de la naturaleza. De todo corazón deseamos que esta derrota no pase más adelante, ni llegue al castigo terrible. El capital se ha atraído ya un perjuicio inmenso al seguir las doctrinas modernas, castigo que debería bastarle. En suma, el provecho del mundo consiste en que se enmiende el culpable, y tanto más podría hacerlo, cuanto que ha podido aprender á ser prudente á sus propias costas, y saber que el modo de producción capitalista permanece siempre el mismo, no obstante todas las mejoras particulares y externas que puedan aportársele.

7. Doctrina de la Iglesia sobre el modo de producción capitalista.—Ahora bien, si las bases fundamentales de la producción económica no son susceptibles de cambio, tampoco lo son los principios sobre la naturaleza

de la producción, es decir, los principios sobre el capital, el dinero, el interés y la usura.

Con frecuencia se cree hacer al Cristianismo ¡Dios sabe qué servicio de samaritano!, cuando se procura excusar bien ó mal á la Iglesia á causa de su doctrina sobre el interés y la usura. No tenemos motivo alguno para dudar de la sinceridad, de la benevolencia y de la verdadera compasión de los que intentan contener agresiones hostiles con la explicación que ordinariamente dan, de que no se han de juzgar los tiempos antiguos según los medios de adquisición del nuestro, pues son muy diferentes. Y piensan que si antiguamente hubiesen sospechado la facilidad con que podemos ahora hacer circular nuestro dinero y el desarrollo grandioso, inaudito, de nuestra situación moral y económica, la Iglesia no hubiera ciertamente emitido nunca esas opiniones desdichadas que tantos enemigos le han proporcionado. Preciso es entender estas opiniones según el espíritu de la época que las vió nacer. Así considerada esta doctrina, es perfectamente justificable; pero hoy es absolutamente insostenible. Por otra parte, la Iglesia misma ha renunciado á ella, y ya no nos la impone. Así hablan estos apologistas.

De ellos podría decir también la Iglesia: «¡Valiente consuelo me proporcionáis! ¡Creéis, pues, que Dios tiene necesidad de vuestras mentiras, para que le imputéis vuestras astucias? ¡Es que le queréis sustituir para juzgar en su lugar?»⁽¹⁾ En verdad que es un ejemplo peligroso el que los propios defensores de la Iglesia no concedan á sus doctrinas más que un valor temporal limitado. ¡Qué hay todavía duradero, y qué hay todavía cierto, si se sacan los dogmas de la fe cristiana exclusivamente de hipótesis históricas amañadas, para servirse de ellas á capricho, hipótesis que, por otra parte, no pueden ser más contrarias á la historia? ¡Qué diferencia hay entre esta defensa de la Iglesia y esa historia de los dogmas, esa crítica histórica, con que el protestantismo moderno, de tal

(1) Job. XVI, 2; XIII, 7, 8.

modo destila el vino del símbolo y lo mezcla con tantos elementos conformes al gusto de la época, que sólo queda de él un brebaje insípido?

Pero lo más extraño es oír ensalzar en todas partes ese maravilloso desarrollo de la vida social. Primeramente, todo son lamentaciones sobre la intolerable situación en que vivimos; pero apenas habla uno de la doctrina de la Iglesia, cuando todo se cambia en himnos para celebrar el grandioso desarrollo de la época presente. Pues bien, la Iglesia no debe apartarse de su antigua doctrina, si basta pensar en ella para extirpar toda miseria social, y cambiar al instante en panegiristas entusiastas de nuestra situación á los más encarnizados detractores de ésta. Creemos que si hay algo que suene mal en esta crítica de la doctrina de la Iglesia, y si algo es eficaz para mejor disponer en su favor, es precisamente toda esa algazara que se hace en torno del esplendor de nuestra situación social. Conocemos á aquellos que la encuentran incomparable; pero si ven en la enseñanza de la Iglesia un obstáculo á la realización de su ideal, esto es ya para ella una recomendación, en manera alguna despreciable, del dogma.

Digamos de una vez para siempre que la doctrina de la Iglesia sobre el interés y la usura está muy por encima de todas las situaciones económicas de los tiempos antiguos y modernos. Acabamos de convencernos de que, hecha abstracción de la abolición de los abusos y del mejoramiento en los medios de adquisición, las bases fundamentales de la formación del valor no pueden cambiar nunca. Sabemos que poseemos hoy medios de adquisición desconocidos antiguamente, así como también sabemos que estos medios tienen su aspecto defectuoso, así como no ignoramos que antiguamente existían en la adquisición muchos auxilios y preservativos que ya no tenemos hoy. Pero ninguno de los que conozcan la situación antigua y moderna nos censurará, si sostenemos que, bien pesado y medido todo, la situación antigua era muy poco inferior á la moderna.

Sin duda que el que se representa los tiempos antiguos

con colores horribles, y piensa con Bastiat que, para comprarse un vestido que hoy cuesta el salario de veinte jornales, un obrero del tiempo de Lutero hubiera debido trabajar de 300 á 400 días,⁽¹⁾ moverá la cabeza con incredulidad. Que dude cuanto quiera; sus motivos tendrá para ello. Pero semejante ignorancia sólo inspira compasión. Con semejantes espantajos no se nos aterra hoy día: desde que hemos aprendido á estudiar la verdadera historia, nos quedamos muy fríos con relación á semejantes fantásticos relatos, casi tan fríos como nuestros mismos antepasados. Al declinar la Edad Media, hubo también, como Hugo de Trimberg nos refiere,⁽²⁾ niños de espíritu tan precoz, que, cuando lograban comerse un huevo en su primera escapatoria, se figuraban que ya les salían alas en la espalda. Empezaban entonces á mirar con compasión á su padre, que tan penosamente andaba encorvado sobre la tierra; pero el padre perdonaba al boquirrubio, y se contentaba con decirle, en su inagotable buen humor: «Aunque se pongan mil cluecas sobre un huevo, no lograrán empujarlo en ocho días».⁽³⁾ Nuestros padres quizás no hubieran respondido con otra cosa que con algunos de estos proverbios á todos nuestros sublimes discursos sobre los medios de adquisición recientemente descubiertos.

Estas antiguas máximas tienen con frecuencia un sonido muy prosaico. Sin embargo, entrañan más economía política sana, que muchos gruesos volúmenes. Hoy nos alabamos de hacer producir al dinero resultados inauditos otras veces. Pero trasladémonos á los tiempos antiguos; supongamos que nos hallamos en presencia de nuestros padres con esta sabiduría, y que se presenta un negociante de antaño, el cual, ciertamente también sabía emplear el dinero, un Fugger ó un Welser, por ejemplo; seguro estoy de que, en su filosofía, nos preguntaría sencillamente sonriendo: «¿Es que entre vosotros los pinos dan tortillas en lu-

(1) Bastiat, *Harmonies*, Chap. VIII.

(2) VII vol. Conf. XVI, 1.

(3) Sailer, *Weisheit auf der Gasse* (1819, XX, I, 29).

gar de piñas? ¿Es que entre vosotros las gallinas ponen huevos de cien yemas? ¿Habéis descubierto el arte de producir polluelos con huevos no puestos por gallinas? ¿Es que entre vosotros el trigo da tres cosechas al año?»

Francamente, ¿no nos avergonzaríamos en su presencia? Al expresarse así, ¿no hubiera expuesto el concepto exacto de la formación del valor, en tanto que nosotros, con nuestras expresiones sabias, nebulosas, no hacemos más que obscurecer el verdadero aspecto de la cuestión? ¿En qué pueden hacernos más ricos todos los medios de comercio y de cambio, los establecimientos de crédito, los bancos, las concurrencias, las libertades, las bolsas, si las fuentes de producción en que buscamos los medios de transacción, es decir, la naturaleza y el trabajo, permanecen siempre las mismas? Poseemos ferrocarriles, máquinas, vapores y fábricas en cantidad innumerable, quizás demasiadas; con nuestra fortuna de papel, con el crédito y los empréstitos, nos enorgullecemos tanto, que nuestros padres se harían cruces; nos hinchamos de orgullo con nuestro dinero, del cual no sabemos qué hacer, y con la ganancia colosal que obtenemos de nuestras deudas. Pero, cosa extraña, en todos los libros que he leído, no recuerdo haber encontrado nunca la única frase de que deberíamos enorgullecernos, la única que pondría remedio á todo, á saber: «Tenemos más pan que nuestros padres». El optimismo más ilimitado no se atrevería á pronunciarla, y de aquí mi temor de que, con nuestros discursos huecos sobre el progreso y la riqueza, podamos con mucha dificultad compararnos con los antiguos, los cuales, con su sentido práctico, nos vencen, con esta corta frase, en la práctica de la vida: «¿Vive el hombre de lo superfluo?»⁽¹⁾ «¿Y vosotros—nos dirían—queréis vivir de dinero, ó aun de simples valores? Pues bien, tened entendido que el pan es bueno para comer en todas partes; lo importante es tenerlo.»⁽²⁾ Los antiguos, por lo

(1) Kcerte, *Sprichwörter der Deutschen*, (2) 5307.

(2) Düringsfeld, *Sprichw. der german. und roman. Sprachen*, II, 272, N. 494.

menos, tenían pan, nadie lo negará; y es de presumir que se lo comiesen. No tratamos ahora de si nosotros lo comemos mejor que ellos; pero lo que sí es cierto es que debe producirse en todas partes. Ahora bien, precisamente el punto en que crece más es aquel en que más se le cultiva. Por lo menos, así ocurría en los tiempos en que la doctrina de la Iglesia sobre el interés y la fe cristiana dominaban al mundo. Sólo este hecho ha originado la doctrina de la Iglesia.

Así, pues, no debe considerarse esta doctrina como luminoso reflejo de las desdichadas situaciones económicas que en otros tiempos se imputaban á la Edad Media. Por otra parte, nos mostraríamos muy reconocidos á quien quisiera dilatar nuestro horizonte científico, escuchando una plegaria que hace tiempo hacemos, la de indicarnos un solo doctor de la Iglesia que haya amplificado ó fundado el dogma cristiano en las relaciones económicas de su época. Por defectuosos que sean nuestros conocimientos escolásticos, nos atrevemos á dudar de semejante posibilidad. En todo caso, esperamos la prueba en contrario; pero, aunque se encontrase, nada se habría probado contra el dogma, ya que, aunque una doctrina de la Iglesia sea falsa ó débilmente motivada por un doctor, no deja de ser lo que es, es decir, una verdad inquebrantable é inmutable, por encima de las probabilidades ó casualidades del tiempo.

Este es el caso actual. No es ciertamente una hipótesis económica, en desuso hoy, ó que ya era falsa en su origen, lo que ha dado nacimiento á la doctrina de la Iglesia; ni tampoco la crean, ó cambian algo de ella, las manipulaciones económicas, las diestras maniobras de banca, ó las relaciones externas de transacciones comerciales, sino únicamente la base inmutable, eterna, de la Revelación divina y del derecho natural; sólo la concepción del capital y de la formación del valor verdaderamente admisible desde el punto de vista filosófico, jurídico y teológico, forman su punto de partida y su escudo eterno.